

Editorial

La Invasión de los “Bárbaros”

María Dora Coley

Camino Salud Metropolitana, Santa María

La movilidad es esencial al ser humano. No tenemos un hábitat específico como las otras especies. No obstante haber surgido en la zona meridional del África, bien pronto el hombre se desplegó hacia todos los continentes. Inclusive nos movemos por los océanos y la atmósfera, lo que significa que nos hemos tomado el planeta, y ya se comenzó a salir al espacio exterior; el movimiento nos llama.

El hombre siempre ha sido un gran caminante y, aún con los caballos, los automóviles, los aviones, etc., nunca ha olvidado sus pies. Ellos fueron, en últimas, los responsables de su humanización. Sin pies no habría manos, ni instrumentos, ni hombre. Las marchas, las tomas de las plazas, las movilizaciones sociales se han hecho y se hacen de a pie. Así lo registra la historia. Los éxodos, las migraciones y las invasiones también, sin dejar de lado la diáspora judía y la nomadía de los pueblos gitanos. Es decir, la trashumancia ha sido nuestro distintivo.

Cómo citar este artículo:

Coley, M. D. (2019). La Invasión de los “Bárbaros”. *Revista Amauta*, 17(33), pp.5-8.



© 2019

Correspondencia de autor:

dora0890@hotmail.com

Recibido:

10/Julio/2018

Aceptado:

10/Octubre/2018

Publicado:

3/Enero/2019

Sin embargo, a las caravanas de hombres, mujeres y niños centroamericanos que partieron hace semanas en búsqueda de oportunidades en Estados Unidos las quieren condenar. Se les compara como el inicio de nuevas invasiones bárbaras a las cuales tanto teme el imperio actual, igual que el de antaño. Ojalá y fuera cierto pero no. Son una simple muestra de lo mal que están distribuidas las riquezas entre las naciones. Así es el capitalismo. El desarrollo que conlleva a la explotación de algunas regiones, genera el subdesarrollo de las que han sido objeto de esa explotación. Explotación de recursos naturales, explotación humana, etc., que acumuladas por siglos han producido la opulencia y la miseria que ahora se enfrentan.

En el continente americano no siempre fue así. Cuando llegaron los europeos en el siglo XVI los mayas en la península de Yucatán y los istmos aledaños habían desarrollado una avanzada civilización que todavía hoy nos asombra, mientras al norte del río Bravo pululaban tribus guerreras como los xious, los navajos, los pieles rojas, etc, que después serían exterminadas por los invasores ingleses porque nunca pudieron socializarlos para usarlos como fuerza de trabajo y robarles sus tierras. Pero, ¿y quién las pondría a producir? Entonces trajeron los negros para cultivar, trabajar y hacer prosperar sus colonias.

Cuando crecieron lo suficiente se independizaron de los británicos bajo la bandera de la libertad, e inventaron aquello del "sueño americano" abriendo sus puertas a los extranjeros de todo el mundo, pero la mayor parte era de Centroamérica y México, al que después lo despojarían de buena parte de su territorio.

Con toda esa gigantesca mano de obra barata proporcionada por los foráneos, se fueron haciendo fuertes a nivel económico, infraestructural y militar, como nación heterogénea cuya sangre fundamentalmente era de migrantes, no ya de anglosajones; hasta que hace un siglo con la Primera Guerra Mundial, se potencializaron como imperio, invadiendo, penetrando y condicionando los países de sus áreas de influencia y más allá...

Hoy los centroamericanos y mexicanos son un incordio, para los gringos, no los necesitan, es más, son indeseables. El actual presidente prefiere a los suecos, olvidándose del feroz pasado vikingo de los escandinavos cuando asolaron a Europa. El mismo xenofóbico Trump es nieto de un judío, pero ahora es nacionalista al estilo Hitler. A tal punto que mandó al ejército imperial a la custodia de la frontera del sur donde está obstinado en construir un muro de defensa contra los bárbaros, igual que Roma, como decíamos.

Se acabó el país hospitalario, el paraíso americano, el de igualdad de oportunidades que acogió a su abuelo errante. Evidentemente que el paranoico mandatario está seguro de que la historia se repite. Sabe que los rusos derrotaron en el invierno a Napoleón y después el Führer también tuvo su Waterloo. Creemos que inconscientemente Donald Trump se considera la reencarnación de Nerón mezclada con Calígula y Heliogábalo, monstruos excéntricos y desquiciados que la propia Roma fabricó. Pero a pesar de las murallas romanas, los bárbaros (que no lo eran tanto), pasaron y dieron al traste con el imperio.

Es posible que las caravanas de hondureños, salvadoreños, guatemaltecos, nicaragüenses, etc., no puedan pasar; pero es que desde antes ya han pasado, y muchos. Estados Unidos es hoy un gran caballo de Troya: tiene en su vientre millones y millones de latinoamericanos. Somos la primera colonia de "extranjeros", como si todos no fueran extranjeros en ese país, de los anglosajones del siglo XVI en adelante. Pero hoy el asilo y hasta la nacionalidad de nacimiento para los hijos de extranjeros quieren desaparecer.

El imperio está en crisis y el actual emperador es una muestra clara, suficiente y evidente de ello. Asistimos a la última era estertórea del capitalismo neoliberal y salvaje con la ola de la extrema derecha en el poder en distintas latitudes (Estados Unidos Brasil, Chile, Colombia, Suecia, Francia, Austria, etc.). Esas mentalidades obtusas pronto terminarán. Cada vez se impone más la necesidad de la redistribución racional de las riquezas para ir ampliando de manera permanente la clase media en todos los países que elimine las distancias abismales entre las minorías de ricos y la inmensa mayoría de pobres. Si no, todo se estrangulará.

Los pies de estos caminantes han recorrido miles de kilómetros despertando el interés mundial y visibilizado el problema. Es un flujo demográfico patético y una prueba de fuego a los derechos humanos. Dentro de poco llegarán a la frontera y Mr. Trump ha dicho que una sola piedra que se lance se tomará como un disparo. El mundo entero está pendiente de la suerte de los peregrinos que lo que buscan es otro deber ser sociológico: El equilibrio social entre los pueblos. La única certeza que tenemos es que la historia avanza. No es lineal, tiene retrocesos, pero también saltos, haciendo del retorno a la caverna un imposible dialéctico.